

Bruno, un contestador de vida atribulada¹

Newton Cunha

Filippo Bruno Nolano nació, como su propio nombre lo indica, en Nola, en el Reino de Nápoles, en enero o febrero de 1548, hijo de Giovanni Bruno, soldado de profesión, y de Fraulis(s)a Savolino. Su nombre fue elegido en honor al entonces heredero del trono español, Felipe II. Aprendió muy pronto a leer y escribir con un sacerdote de Nola, Giandomenico de Iannello. En 1562, a la edad de 14 años, fue llevado a Nápoles para estudiar allí las llamadas bellas letras y la filosofía, especialmente la lógica y la dialéctica, bajo el cuidado de Giovan Colle, conocido como Il Sarnese, un filósofo de tendencias averroistas, y de Fray Teófilo de Vairano, cuyo recuerdo Bruno guardó siempre de forma agradecida y admirativa.

Tres años después entró en el convento de San Domenico Maggiore, sólo entonces tomó el nombre de Giordano. Desde muy joven despreció (¿bajo influencia luterana?) el culto a María y a los santos, incurriendo en una primera ofensa entre los años 1566 y 1567. Ordenado subdiácono en 1570 (condición en la que asumió la primera de las órdenes sagradas), y diácono al año siguiente, se consagró como sacerdote a principios de 1572, celebrando su primera misa en el convento dominicano de San Bartolomé, cerca de Salerno. Regresó al convento de San Domenico a mediados de 1572 como estudiante de teología. Estos estudios se concluyeron en 1575, con dos tesis: *Verum est quicquid dicit D. Thomas in Summa contra*

¹ Texto originalmente escrito para la edición brasileña de las obras italianas de Giordano Bruno por Editora Perspectiva.

Gentiles y Verum est quicquid dicit Magister Sententiarum. Al mismo tiempo, en una discusión sobre el arrianismo, Bruno expresó sus dudas sobre el dogma de la Trinidad, lo que le valió un segundo proceso por el superior provincial como sospechoso de herejía.

Por esta razón Bruno dejó la ciudad y el convento a principios de 1576, yendo a Roma, donde se alojó en el convento de Santa María. Pero ya en abril, abandonó el hábito y se fue a Génova y al año siguiente a Noli, donde enseñó gramática a los hijos de la nobleza local. De Noli fue a Savona y luego a Turín, donde no encontró nada que pudiera "hacer con satisfacción". Continuó su búsqueda en Venecia, donde publicó cierto folleto titulado *De los sinais del Tiempo* (obra perdida). Habiendo ido a Padua, fue convencido allí por algunos dominicanos para readoptar el hábito, aunque no quería volver al orden, lo que Bruno aceptó de hecho. En 1578, dejó Italia en la frontera con Savoia, dirigiéndose a Lyon y luego a Ginebra, donde había una comunidad italiana evangélica.

En Suiza volvió a abandonar el hábito y se adhirió al calvinismo (1579), pero habiendo sufrido una demanda por difamación, abierta por el profesor de filosofía Antoine de la Faye, se reconoció culpable, hecho que le obligó a salir de Ginebra, yendo a establecerse en Toulouse, Francia. Allí, renegó del calvinismo e incluso pidió a un sacerdote jesuita su absolución como apóstata del catolicismo, sin éxito. Pero empezó a dar clases de filosofía a los escolares, obteniendo por concurso el puesto de "lector ordinario de filosofía", incluyendo lecciones de física, matemáticas y técnicas mnemotécnicas, basadas en las enseñanzas de Raimundo Lulio (o Ramón Llull, en la ortografía catalana). Sin embargo, cuando las luchas entre católicos y calvinistas (hugonotes) se reanudaron en la ciudad, Bruno sintió que era correcto mudarse a París donde obtuvo

el derecho de dar "lecciones extraordinarias", ya que como apóstata no se le permitía practicar como lector ordinario. Con sus lecciones obtuvo suficiente renombre para ser invitado a la presencia del Rey Enrique III. En palabras del propio Bruno, "el rey me hizo llamar un día, buscando saber si la memoria que tenía y profesaba era natural o por arte mágico; a él le di satisfacción, y con lo que le dije y probé, supe que no era por arte mágico, sino por ciencia" (Documentos Venecianos, IX).

Tal vez porque la realeza francesa era frecuentada por varios intelectuales y escritores, muchos de los cuales estaban equidistantes de las luchas religiosas, como Du Perron y Pontus de Tyard, Bruno fue acogido con cortesía y se convirtió en un lector provisional, es decir, aceptado como expositor en la corte, además de poder publicar las primeras obras que llegaron a nosotros: *De umbris idearum*, *Ars memoriae* (dedicado al rey), *Cantus circaeus*, *De compendiosa architectura et complement Artis Lullii* (dedicado al embajador de Venecia, Giovanni Moro). Y al principio de la segunda mitad de 1582, Bruno terminó su único texto teatral, la comedia *Il Candelaio*, cuyos eventos y personajes son todos napolitanos.

Pero ya al año siguiente, Bruno decidió partir hacia Inglaterra, muy probablemente por razones de las reacciones católicas en Francia, y lo hizo con una carta de recomendación del propio rey Enrique a su embajador en el Reino Unido, Michel de Castelnau, y a quien se le dedicarán dos obras, también escritas en italiano, como *Il Candelaio*, *La Cena de las Cenizas* y *De la causa, Principio y Uno*. En junio de 1583, hizo una primera visita a Oxford, como participante del séquito del conde polaco Albert Laski, aprovechando la oportunidad para un debate con los doctores universitarios, especialmente John Underhill. De regreso a Londres, escribió a la universidad (*Oxioniensis*

Academiae), solicitando una cátedra de lectura, la que no obtuvo, aunque dio al menos dos conferencias allí (o lecturas públicas), una sobre la inmortalidad del alma y otra sobre la quíntuple esfera, además de iniciar un curso de teoría copernicana, interrumpido en la tercera clase por la interferencia de las autoridades del *New College* y de la *Christ Church*. De vuelta en Londres, con el embajador francés, se dedicó a las discusiones de la corte y a escribir libros, el primero de los cuales fue *Ars reminiscendi*, y luego *La Cena de las Cenizas*, después de una conversación el 14 de febrero de 1584 con los invitados de Sir Fulke Greville, sobre el movimiento de la Tierra, la teoría heliocéntrica y su propia concepción cosmológica. La crítica violenta a la sociedad inglesa y a la Universidad de Oxford provocó una reacción airada del pueblo londinense contra los empleados y residentes de la embajada francesa, haciendo que Bruno perdiera la simpatía de algunos intelectuales ingleses que había ganado anteriormente. Por esta razón, en el siguiente libro, *De la Causa, Principio y Uno*, introdujo un primer diálogo en el que, mitigando las críticas anteriores, procedió a una apología contenida de la cultura británica.

En el mismo año, terminó y obtuvo la publicación de otros dos textos: *Del Infinito, Universo y Mundos*, todavía en el campo de la cosmología, y *el Despacho de la Bestia Triunfante*, de carácter ético y de reforma moral. Finalmente, en 1585, *la Cabala del Cavalo Pegaso*, una sátira moralista, y *De los Heróicos Furores*, un conjunto de diez diálogos sobre, por un lado, la necesidad y el gozo de la conciencia de la unión del alma con el Uno (este esfuerzo intelectual por el "amor elevado" consiste precisamente en la "furia heroica") y, por otro, sobre la poética del Renacimiento, con la crítica de las normas aristotélicas.

A finales de 1585, Bruno regresó a París junto con el embajador Castelnau, conociendo a otros italianos que vivían allí, pero dos acontecimientos que demuestran bien la acidez del filósofo dificultaron su estancia en París. La primera fue la publicación de un folleto sobre la demostración pública del geómetra Fabrizio Mordente con su "brújula de reducción", *Dialogi duo de Fabricii Mordentis Salernitani prope divina adinventione*, una obra aparentemente elogiosa, pero en realidad satírica, en vista de la concepción mecánica de la naturaleza expuesta por Mordente. A esto le siguió una controversia verbal con el autor, protegido por el Conde de Guise (jefe de la antiprotestante Unión Santa antiluterana), y Bruno dio a conocer otros dos panfletos: *Idiota triumphans* y *De somnii interpretatione*. Casi al mismo tiempo, Bruno se involucró en una disputa con los lectores reales del Colegio de Cambrai, atacando la física aristotélica, pero a través de un joven, J. Hennequin. Retratado por uno de los presentes, el abogado R. Callier, Bruno no tomó la defensa del discípulo, permaneciendo extrañamente silencioso para un polemista innato.

Habiendo dejado París a mediados de 1586, Bruno se fue a Alemania, inscribiéndose en la Universidad de Marburgo como *doctor en teología romana*. Pero debido a su indisimulado antiaristotelismo, se le negó el permiso para la lectura pública, lo que hizo que el filósofo se trasladara a Wittenberg, en cuya universidad fue aceptado como *doctor italus*, permaneciendo allí durante unos dos años. Durante su estancia en Wittenberg publicó obras en latín, como *De lampade combinatoria Iluliana*, *De progressu et lampade venatoria logicorum* y las tesis presentadas anteriormente por Hennequin en París, *Centum et viginti articuli de natura et mundo adversus peripateticos*, precedidas de un loable artículo al discípulo francés.

En marzo de 1588, Bruno se despidió de la universidad poco después de que el nuevo duque de Wittenberg, Christian I, prohibiera los ataques o polémicas contra las doctrinas aristotélicas.

La moderación del rey Rodolfo II de Checoslovaquia parece haber contribuido a atraer la curiosidad de Bruno, que se fue a Praga, donde permaneció hasta principios de otoño. Durante su estancia publicó algunos folletos, entre ellos *Articuli centum et sexaginta adversus huius tempestatis mathematicos atque philosophos*, dedicados al emperador, lo que le valió una donación imperial de trescientos talares. De Praga fue a Helmstedt, Alemania, donde acababa de fundarse una Academia Luliana, en la que se inscribió en enero de 1589, permaneciendo en la ciudad hasta abril del año siguiente. Mientras tanto, escribió las llamadas obras de "magia", entendiendo por este término las fuerzas naturales aún ocultas y que deben ser desveladas para su uso práctico: *De magia*, *Theses de magia*, *De magia mathematica*, *De rerum principiis et elementis et causis*.

En junio de 1590 ya estaba en Frankfurt con la intención de publicar sus obras de poesía latina sobre filosofía natural y de concepción atomística. Aunque el senado de la ciudad rechazó su petición de quedarse con el impresor Wechel, consiguió que se instalara en un convento de carmelitas. Las tres obras se publicaron en 1591: *Detriplici minimo et mensura*, *De monade, numero et figura*, *De innumerabilibus, immeso et infigurabili*. Ese mismo año, Bruno se fue a Zurich, donde dio clases de filosofía escolástica y, durante un breve período, volvió a Frankfurt para imprimir *De imaginum, signorum et idearum compositione ad omnia inventionum*, un libro dedicado a un amigo de Zurich, J.H. Heinzel. Durante esta segunda estancia en Frankfurt, Bruno recibió una carta de su amigo Giovanni Mocenigo, invitándole a venir a Italia con la intención de enseñar "el

arte de la memoria y la inventiva". Sean cuales sean las razones para aceptar la invitación, la imprudencia resultó ser completamente desastrosa.

Habiendo pasado rápidamente por Venecia, Bruno fue a Padua donde dio algunas lecciones a estudiantes alemanes, regresando tres meses después a Venecia. A mediados de mayo de 1592 confió al fraile dominico Domenico da Nocera su deseo de permanecer en Italia y escribir un libro dedicado al nuevo Papa Clemente VIII, con el fin de trasladarse a Roma. Pero la noche del 22 Mocenigo detuvo a Bruno por iniciativa propia y al día siguiente lo denunció por herejía al inquisidor de la provincia de Venecia, Fray Gabriele da Saluzzo. Nueve meses después, fue trasladado a Roma, recibiendo nuevas denuncias de sus inquisidores. El 8 de febrero de 1600 llegó la sentencia definitiva, con las acusaciones de "hereje impenitente, pertinente y obstinado". El día 17 fue llevado a Campo dei Fiori, desnudo, atado a un palo y quemado vivo.

Para el filósofo, el conocimiento humano de las causas naturales se encuentra inevitablemente con un impedimento u obstáculo intrínseco, un intoppo. Sólo puede ocurrir a través de "sombras", "pistas" o "rastros". La naturaleza estaría dotada inicialmente de un "alma del mundo", cuya facultad principal sería la de un intelecto universal, el principio formal de lo que puede contener el universo - el poder de hacer, producir y crear; al mismo tiempo, estaría constituida por la materia, es decir, el poder de ser hecha, producida y creada. Ambos principios, el formal y el material, no se separan, ya que "el todo es uno". De ahí una conclusión con la que Spinoza ciertamente estaba de acuerdo: Dios no está fuera de la materia, sino dentro de ella, dentro de las cosas y, por lo tanto, dentro de nosotros. Ontológicamente, el Dios de Bruno no trasciende la naturaleza, ya

que es inmanente a ella; más bien, es gnoseológico, como un objeto de conocimiento. Pero en este ámbito, Dios es prácticamente inexplicable para la comprensión. En uno de los últimos diálogos de Los heroicos furores, entre varios otros pasajes, se puede leer: "... la más alta cognición de las cosas divinas es por la negación y no por la afirmación, sabiendo que la belleza y la bondad divinas no pueden ser sometidas y no caen bajo nuestro concepto; pero lo que está mucho más allá de nuestra comprensión y máximamente en el estado llamado por el filósofo 'especulación de fantasmas' y por el teólogo 'visión por similitudes y enigmas especulares'. Porque, en efecto, no vemos ni los efectos ni la verdadera especie de la cosa, ni la sustancia de las ideas, sino sus sombras, vestigios y simulaciones, como aquellos que están dentro de la cueva y tienen, desde su nacimiento, la espalda vuelta a la entrada de la luz y la cara opuesta al fondo, de modo que no ven lo que realmente está fuera de la cueva".

Otra preocupación constante del filósofo era la necesidad de una reforma moral para que la convivencia humana, sometida a la Sabiduría y a sus hijas, que son la Verdad y la Ley, pudiera ser ejercida de una manera a la vez libre, productiva y pacífica. De ahí el contenido de sus exordios en obras como el Despacho de la Bestia Triunfante y De los Heroicos Furores. Avergonzado por el comportamiento de la raza humana, "peor que el de nuestros sátiros y faunos", "que lo corrompe y aniquila todo", Júpiter decreta la reforma de las constelaciones, que regiría la acción de los hombres, y exige a la Sabiduría: "que sea estricto en cuanto a las cosas que, como primera y principal causa, le han sido ordenadas, es decir, en cuanto a la comunión de los hombres y la conversación civil, para que los poderosos sean sostenidos por los débiles, los débiles no

sean oprimidos por los más fuertes, los tiranos sean depuestos, los gobernantes justos sean reconocidos y confirmados, que se favorezcan las repúblicas, que la violencia no inculque la razón, que la ignorancia no desprecie la ciencia, que los pobres sean ayudados por los ricos, que se promuevan y fomenten las virtudes y los estudios útiles y necesarios para el bien común, que se exalte a los que hacen buen uso de ellos y que se considere viles y despreciados a los deseosos, avaros y egoístas. Que se mantenga el temor y el culto a los poderes invisibles, el honor, el respeto y el temor a los que gobiernan; que nadie sea propuesto a la soberanía si no se le reconoce como superior en mérito, por la virtud y el ingenio, con los que prevalece, o ya por sí mismo, lo que es raro y casi imposible, o con la ayuda y el consejo de otros, lo que es más común y necesario". Según Nuccio Ordine (*El Umbral de las Sombras*),² uno de los mayores especialistas en la obra de Bruno, "Júpiter comprende que la profanación de los altares y la degradación de los cultos empuja a los hombres al abismo de la *feritas*. Al perder su función natural, los estatutos divinos (los más altos que pueden establecer el hombre) ya no servirán para crear héroes, sino que terminarán fomentando comportamientos y actitudes bestiales. Detener esta degradación significa, en primer lugar, restaurar las virtudes perdidas en lugar de los vicios generalizados". Durante más de quinientos años, la necesidad de tal reforma ha permanecido indispensable y, con toda probabilidad, imposible de lograr, ya sea por la religión o la ciencia, por el arte o la política.

² Utilizome de la versión portuguesa publicada por la editorial Perspectiva.